

LA REVOLUCION MEJICANA

SUS LIBROS

LA REVOLUCION MEJICANA

De Luis Araquistáin. Los orígenes, la historia y la actualidad del mundo mejicano. 5 pesetas.

EL AGUILA Y LA SERPIENTE

De Martín Luis Guzmán. El relato del escritor y el político que ha intervenido durante varios años en la vida pública de Méjico. 5 pesetas.

ALAS Y GARRAS

De Marcelino Domingo. Colección de ensayos de gran sentido liberal, que abordan con amplitud de criterio las cuestiones mejicanas. 4 pesetas.

EL PROBLEMA RELIGIOSO EN MEJICO

De Ramón J. Sender. El más extenso libro de información sobre los problemas que plantea al Gobierno mejicano la religión y el clero. 5 pesetas.

EL DESTINO DE UN CONTINENTE

De Manuel Ugarte. El libro de un americano meridional, que estudia Hispano-América, pero en particular la complejidad americana. 6 pesetas.

ENTRE VOLCANES

De Alfonso Camín. Una gran novela de la revolución de Méjico. Interesantísima tanto por su estilo y episodios como por el mundo encendido que refleja. 5 pesetas.

COMPANÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)

Librería Fernando Fé. Puerta del Sol, 15, Madrid.

LA NOVELA DE HOY



Un mundo al descubierto

JOSE M.^a SALAVERRIA.

30 CTS.

47/1529381

LA NOVELA DE HOY

Director: PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

Oficinas: San Marcos, 42. - - - - Apartado 33

Año VIII

Madrid, 5 de Abril 1929

Núm. 360

El Planeta prodigioso

NOVELA POR

José María Salaverría

Ilustraciones de BAGARIA



Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A.
— EDITORIAL ATLANTIDA —
Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15—Madrid.

Handwritten text at the top of the page, possibly a title or header, in red ink.



Faint handwritten text at the bottom of the page, possibly a signature or a note, in red ink.

PARA LOS AYUNTAMIENTOS :-: PARA
LAS BIBLIOTECAS OFICIALES :-: PARA
LAS BIBLIOTECAS PARTICULARES :-:
PARA EL SABIO :-: PARA EL LITERA-
TO :-: PARA TODA PERSONA DESEOSA
DE EDUCAR SU ESPIRITU

Las cien mejores obras
de la literatura española

Las cien mejores obras
de la literatura universal

Cuidadosamente escogidas, con el más depu-
rado gusto artístico y literario, se ofrecen bajo
el título de

BIBLIOTECAS POPUARES "CERVANTES"

que se publican a razón de cuatro tomos men-
suales, de más de 200 páginas en 8.º

Por CINCO pesetas al mes

Recibirá usted la colección completa. PIDA
INFORMES Y FOLLETO A LA COMPA-
ÑIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICA-
CIONES, S. A. LIBRERIA "FERNANDO
FE", PUERTA DEL SOL, 15.

Relación de los autores que tienen
concedida la exclusiva para
LA NOVELA DE HOY

Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, Luis Araquistáin, José María Acosta, Rufino Blanco Fombona, Joaquín Belda, Manuel Bueno, Carmen de Burgos, Emilio Carrere, Cristóbal de Castro, Julio Camba, Concha Espina, José Francés, Wenceslao Fernández Flórez, Juan Ferragut, Federico García Sánchez, Eduardo Gómez de Baquero, Enrique García Alvarez, Alfonso Hernández Catá, Antonio de Hoyos, Rafael López de Haro, Augusto Martínez Olmedilla, Pedro Mata, Ramón Pérez de Ayala, Enrique de Mesa, Juan Pujol, Artemio Precioso, Juan Pérez Zúñiga, José María Salaverría, Diego San José. Felipe Sassone, Luis de Tapia, Ramón María Tenreiro, Miguel de Unamuno, Ramón del Valle-Inclán, Eduardo Zamacois.

LA NOVELA DE HOY

Director: PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

Oficinas: San Marcos, 42. - - - - Apartado 33

Año VIII

Madrid, 5 de Abril 1929

Núm. 360

Un mundo al descubierto

NOVELA POR

José María Salaverría

Ilustraciones de BAGARIA



Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A

— EDITORIAL ATLANTIDA —

Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15—Madrid.

EN EL PROXIMO NUMERO
PUBLICAREMOS

K - O


(La novela del boxeo)

Por

Antonio de Hoyos y Vinent



ILUSTRACIONES DE
ESTEBAN



Dos palabras de los Editores

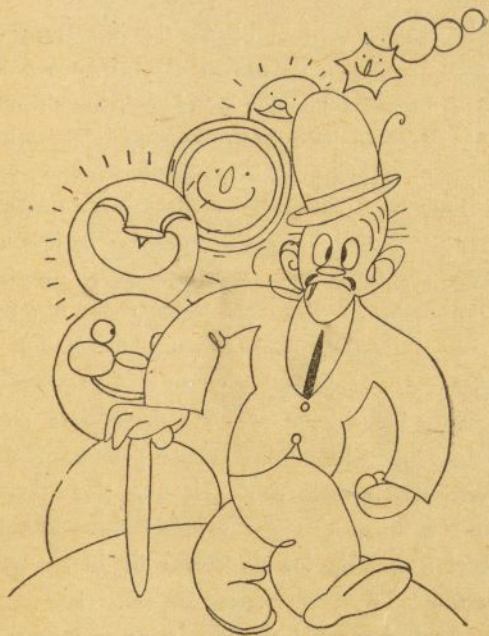
Muchas páginas se han escrito, y algunas de ellas muy elocuentes, sobre aquel extraordinario acontecimiento histórico que nos puso, como por arte de hadas, en posesión de la más hermosa y útil de las conquistas. Los habitantes de nuestro astro, que con justicia se enorgullece de ir a la cabeza del progreso cósmico, le debemos a aquella acción la suma de beneficios inapreciables que ahora todos disfrutamos; justo es, por consiguiente, que procuremos relatarlo de la manera más clara y veraz, para que nuestros descendientes puedan tener un concepto fiel de las cosas.

Aunque se ha escrito mucho desde entonces, creemos, sin embargo, que no se ha dicho toda la verdad, o, cuando menos, no se han narrado los sucesos en forma bastante ordenada. Algunos relatos pecan de breves; otros son fragmentarios; otros, en fin, están en un tono excesivamente

exaltado, que sólo sirve para enturbiar los hechos con las nieblas de la fantasía. Como que la influencia de ese mundo mentiroso y bárbaro con el que tenemos que tratar desde éntonces se nota más cada día.

Por eso nosotros, al publicar esta obra, pretendemos exponer la relación completa y exactísima que la opinión reclamaba desde hace mucho tiempo. Queremos hacer una obra de utilidad, no de vana poesía, al uso de ese planeta salvaje e ingenuo. Quédese para otros la gloria de expresar con imágenes excesivas el feliz acontecimiento; nosotros no aspiramos más que a la modesta gloria de haber dado a los habitantes de Tá una relación sencilla, congruente y completa del descubrimiento de Zú por el más sabio, por el más generoso de nuestros hermanos: el sublime Bí.

Nos guiaremos, pues, por un espíritu de sinceridad. A veces, el perseguimiento de la verdad nos hará incurrir en defectos literarios; probablemente nuestra obra será, en más de una ocasión, algo pesada o prolija, deteniéndose en hechos que parecerán nimios y hasta anotando ges-



Los habitantes de nuestro astro, que con justicia se enorgullecen de ir a la cabeza del progreso cósmico...

tos o matices al parecer insignificantes. Pero nosotros opinamos que nada sobra, nada es realmente innecesario cuando se trata de historiar un suceso de tanta transcendencia.

Hubiéramos podido glosar las diferentes relaciones que andan en manos de las gentes o fatigar a los guardianes que vigilan los documentos históricos en los subterráneos de la tercera galería; pero con esto únicamente habríamos logrado hacer una obra de erudición y de fastidio. Y, en lugar de referirnos a opiniones ajenas, ofrecemos al público la narración que el propio BÍ ha tenido la gentileza de brindarnos. No somos nosotros, se puede decir, quienes hablamos, sino el mismo descubridor. La parte que nosotros pongamos será insignificante. Es decir, que nuestro propósito consiste en dar cuenta primeramente de aquella sesión memorable en que el sublime BÍ expuso sus trabajos y sus incansables tentativas ante el grupo de los directores de la Asamblea Suprema.

Intercaladas en el discurso, y como meras acotaciones aclaratorias, irán algunas advertencias o notas que den noticia de las interrupciones, los

clamores de asombro y los demás incidentes de aquella sesión histórica. Confiamos en que el público sabrá reconocer nuestra buena intención.

LOS EDITORES (1.)

(1) *Nota del editor español:* Esos editores no somos nosotros; son los editores del planeta Marte. Nosotros nos hemos limitado a traducir la obra. El lector español, o mejor dicho terráqueo, comprenderá que al traducir a un idioma de nuestro planeta la obra marciana, hemos tenido que usar de las mayores libertades de expresión. Nuestros lectores, desde que están bajo el dominio de los marcianos, saben lo mismo que nosotros que la arquitectura del lenguaje de aquellas gentes y la forma de exponer sus ideas no se parecen ni remotamente a las nuestras. Ha habido que traducir muy aproximadamente, adaptando su manera de decir y de reflejar las cosas a nuestra terráquea capacidad de comprensión.



I

ME levanto, señores, a hablar ante vosotros con la natural emoción de quien conoce la extraordinaria inteligencia que poseéis y la autoridad de que estáis investidos. No podría tampoco ocultar el agradecimiento que os debo por haberme consentido realizar libremente y con todo género de recursos las largas experiencias que me han llevado, por fin, a la comunicación con el planeta Zú (1).

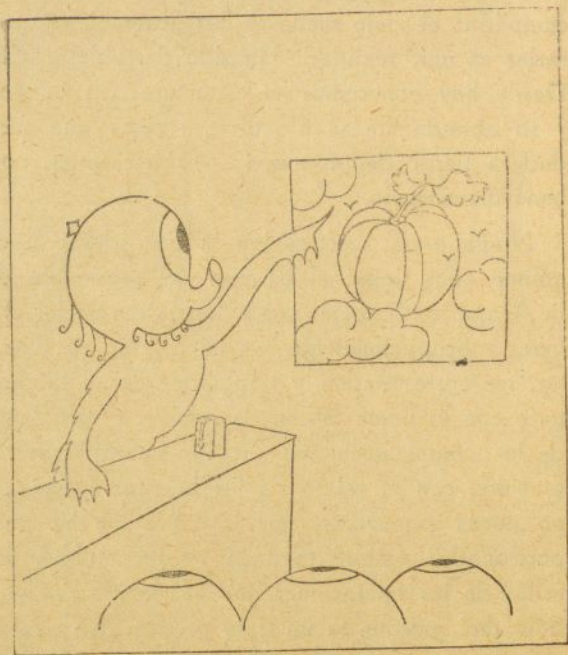
Mi emoción es asimismo tan grande como justificada, al poder exclamar solemnemente en

(1) Nombre que dan a la Tierra los marcianos.—*Nota del Editor español.*

este santuario de las ciencias: “Señores, hermanos míos: la antigua aspiración de Tá está ya cumplida; el viejo sueño de las generaciones pasadas es una realidad. Ha sido descubierto Zú. Desde hoy conocemos su estructura. Su belleza y su abundancia se nos ofrecen como una verdadera tierra de promisión... Oídmе, pues, con benévolo silencio.

Ninguno de vosotros ignora que, desde hace quince años, logré el permiso del presidente de la Asamblea Suprema para desligarme de los deberes y ocupaciones que, en mi calidad de director, me corresponden, y refugiarme en mi laboratorio con la única misión de resolver el problema de la comunicación con Zú. No cansaré vuestra atención con el relato de las infinitas fatigas, y no pocas amarguras, que la labor me ha proporcionado; omitiré también los incontables detalles de las operaciones que he debido realizar. Sólo diré, porque es un dato preciso que necesitáis conocer, que el descubrimiento ha sido consumado exactamente al llegar en mis trabajos a la experiencia número 1922.

Sería absurdo que yo pretendiera ocultar el



Ha sido descubierto Zu. Desde hoy conocemos su estructura...

mérito de los trabajos de quienes, desde las edades más remotas, me han precedido. No. Yo no negaré que todos esos trabajos, aunque tentativas fracasadas, me han servido de mucho y me ahorraron grandes esfuerzos preliminares.

Claro es que he tenido que eliminar un buen número de conjeturas, a veces fuertemente arraigadas hasta entre los mismos sabios, como aquella que pintaba a Zú como una bola completamente cubierta de tupida vegetación, donde se deslizaban unos seres gigantescos en forma de gusanos y completamente estúpidos. En Zú, señores, hay hombres...

Al llegar a esta parte del discurso, ocurrió la primera de las interrupciones de Jó, el cual, dibujando una irónica sonrisa, exclamó: Al decir hombres, hermano Bí, ¿quisiste decir gusanos?... Pero Bí insistió imperturbable:

En Zú, señores, hay hombres, y pronto os daré a conocer su figura exacta y sus verdaderos pensamientos. Porque yo he visto esos hombres; yo he seguido los pasos y los gestos de esos hombres.

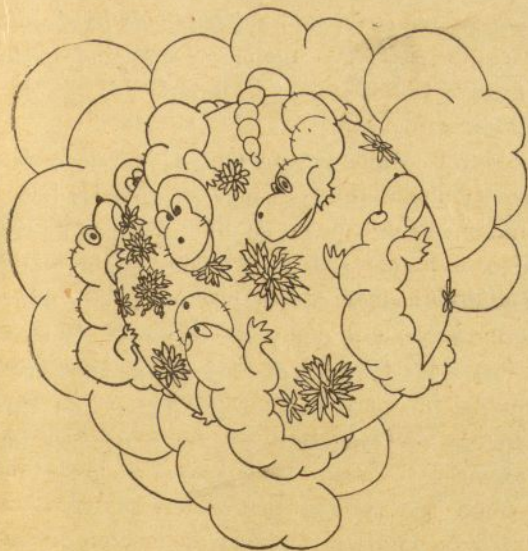
Un incontenible murmullo de asombro y de admiración acogió estas últimas palabras. Hasta el

propio presidente de la Asamblea Suprema dejó ver en el temblor de sus párpados la emocionada expectación que sacudía su espíritu. Pero nadie se atrevió a interrumpir al orador, por miedo de retardar el conocimiento de nuevas verdades.

Decía, señores, que tuve necesidad de separar con prudencia bastantes de las opiniones que sobre el planeta Zú han corrido entre nosotros. No me convenía dejarme engañar por su falacia, porque cualquier falsa pista podía alejarme desgraciadamente del objeto. Rehusé hacer caso, por ejemplo, a aquellos que interpretaban las masas de humo diferentes, desde luego, de las nubes, que, de tiempo en tiempo, distinguíanse sobre la superficie de Zú, como señales que sus habitantes nos hacían para comunicarse con nosotros.

Ninguna de las suposiciones ha sido tan falsa, tan caprichosa. Esas grandes masas de humo que de tiempo en tiempo, y desde hace cuatro siglos, se han visto aparecer en Zú; esa enorme humareda, la más grande humareda de que tenemos noticia, y que durante más de cuatro años ha permanecido flotando en el continente Pú (1);

(1) Los marcianos dan a Europa el nombre de Pú.—
Nota del Editor español.



Pintaba a Zu como una bola completamente cubierta de tupida vegetación donde se deslizaban unos seres gigantescos en forma de gusanos y completamente estúpidos...

eso, señores, es humo belicoso. Es el humo que exhalan los explosivos. Porque, ya es hora de confesarlo, los habitantes de Zú se encuentran ni más ni menos que en el período marcial. Se hacen la guerra.

Nuevamente se levantó del fondo de la Asamblea un murmullo de asombro. Destacándose de aquel sordo ruido, se oyó la voz de Jó, que decía: ¿Estás seguro?...

Sí. Estoy completamente seguro. Y puedo declarar, de una manera terminante, que los hombres de Zú cultivan la guerra, por cierto con asombrosa gallardía. En mi solitario laboratorio he asistido, puestos mis ojos y mis oídos sobre los aparatos, día a día y durante más de cuatro años, a las terribles operaciones de una guerra que abarcaba casi toda la extensión de Pú.

Pero ya es hora de que entre a exponer los hechos.



II

TODO lo tenía preparado. Los trabajos preliminares me habían dado un fruto de veras alentador, y no esperaba más que el momento previsto y por mí esperado con impaciencia, para realizar el último y decisivo experimento.

El tubo de *mita*, guarnecido de *palaquita* (1), estaba al alcance de mi mano y respondía inmejorablemente a mis manipulaciones. Desde los

(1) Nuestros lectores terráqueos nos disculparán el que no intentemos traducir, y ni siquiera representar aproximadamente, estas voces y otras que aparecerán en lo sucesivo, por referirse a materias para nosotros absolutamente desconocidas e incomprensibles.—*Nota del Editor español.*

primeros trabajos me dió una visión clarísima de la superficie de Zú. Sin embargo, hice perfeccionar más de treinta veces el tubo.

El aparato de fotografía penetrante respondió bien a mis deseos. No así el aparato de coloración sucesiva, que hube de rectificar ciento ocho veces. Es el que mayores inquietudes me ha producido. Llegó un instante en que desesperé de poder conseguir dominar la pereza transmisora del éter cósmico. Pero vencí también ese obstáculo. Y ya no me quedaba sino aguardar el período de mayor aproximación de Tá y Zú, o sea el día 4 del año 80 de la era 23 (1).

No necesitaré ponderar la emoción de esa espera; todos los que me escuchan comprenderán sin esfuerzo el estado de mi ánimo en aquellos culminantes días. Por un momento temí que mi sistema nervioso, naturalmente afligido por tantos años de sobre esfuerzo, me hiciera traición cuando se aproximaba la hora decisiva. Mis temores, no obstante, eran infundados. Absorbí una buena dosis de *tila*, me sometí al contacto del

(1) Como es sabido, los marcianos cuentan por *eras*, que son propiamente etapas de cultura. Cada era consta de cinco mil años.—*Nota del Editor español.*

fluído *treinta y dos* (1), y notablemente fortalecido en cuerpo y alma corrí a situarme frente a mis aparatos. ¡Había llegado la hora de empezar!

En efecto, todo resultaba conforme a mis cálculos. Pero apenas comencé mis manipulaciones, un grito, un exaltado grito de júbilo y de admiración salió de mis labios y repercutió en los últimos rincones del laboratorio...

¿Era verdad? ¿No me engañaban mis sentidos? ¿Estaba yo realmente despierto, o tal vez una exagerada dosis de *tita* producíame la característica alucinación de la *octava embriaguez*?

Pero no. Mis sentidos no me engañaban. Aquello que mi mirada distinguía tan claramente como ahora os veo a vosotros, era un mar gloriosamente azul, profundo y en calma, surcado a trechos por unas naves rudimentarias movidas a vela. ¡Qué diferencia entre aquel majestuoso mar y los precarios caudales de agua de nuestro mundo! También distinguí unas naves algo mayores, que marchaban torpemente impulsadas por la fuerza del vapor. En fin, algunos aeroplanos,

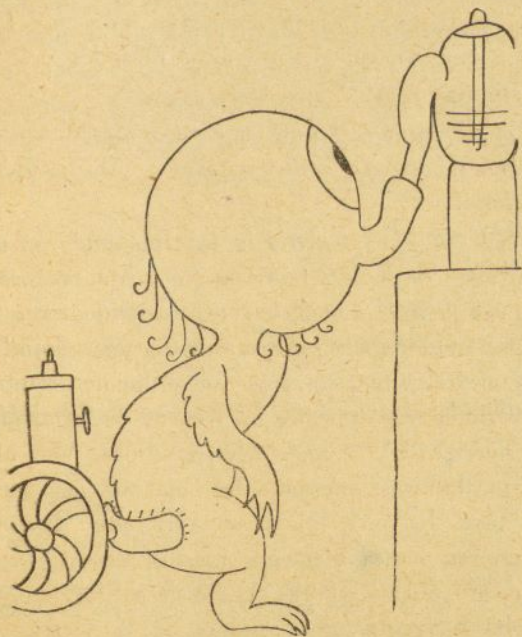
(1) Véase la nota anterior.—*Nota del Editor español.*

desde luego toscos y vacilantes, surcaban a veces el viento con una temeridad, con una falta de seguridad que horrorizaba. Después descubrí la tierra firme.

Perdonadme. No me pidáis que describa aquel portento. Me faltarían palabras. Ahí están los comprobantes. Examinadlos.

Sólo os diré que otro grito semejante al anterior salió de mi garganta, y que permanecí como extasiado ante aquellos verjeles donde todos los frutos imaginables producíanse en una abundancia inextinguible, sin más que un somero cultivo. Las flores trepaban por los troncos de los árboles, en huertas de una vegetación lujuriosa. Más allá, sobre llanuras interminables, crecían las mieses sin tasa. En otras partes se agrupaban los seres inferiores, indudablemente criados para servir de alimento a los hombres. Entre tanto, las innumerables navecillas descargaban en las costas sus grandes montones de variados, de riquísimos peces...

Como sonara el timbre reglamentario para la refacción de la media tarde, el sublimé Bi tuvo que interrumpir su discurso. Las últimas frases



Absorbí una buena dosis de "tita", me sometí al contacto del flúido treinta y dos...

habían producido en el auditorio una sensación indescriptible, no clamorosa como las anteriores, sino profunda, estupefacta y tal vez un poco melancólica. Todos, en lo íntimo de su mente, pensaron en aquella abundancia que el orador les refería; en aquellos animales cebados, aquellos peces succulentos, aquellos granos, comestibles y frutos...

Un nane (1) recorrió la sala portando en una bandeja las bolitas nutritivas, que los circunstantes deglutieron inmediatamente. Tras los cinco minutos de obligado reposo digestivo, la Asamblea hizo comprender a BÍ que esperaba con ansia la continuación del relato. El sublime BÍ reanudó su discurso de la manera siguiente:

(1) Los nanes pertenecen a la raza inmediatamente inferior, y sirven a los marcianos de criados, esclavos y obreros. Son, respecto de los marcianos superiores, lo que los perros con relación a nosotros, tanto en inteligencia como en domesticidad servidora. Sin embargo, los nanes están acaso un peldaño más adelante que nosotros, los hombres terráqueos, en la escala de la cultura.—*Nota del Editor español.*

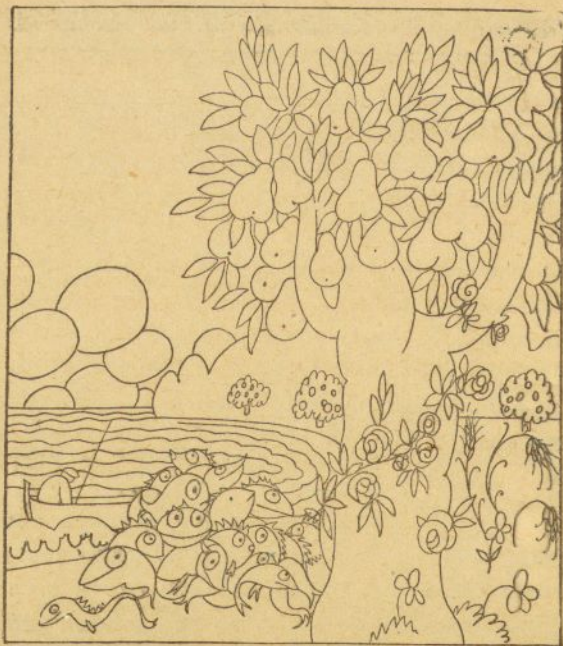


III

PERO me faltaba algo muy esencial por descubrir: el hombre.

¿En dónde estaban los hombres, cómo eran, cómo se conducían? De su existencia no podía dudar, puesto que acababa de ver las señales, tanto en el mar como en la tierra firme. Me lancé a buscarlo con verdadera obstinación. Pronto lo tuve a mi alcance. Allí estaba. He ahí el hombre...

La figura de un habitante de Zú fué proyectada ante la Asamblea, en medio de un gran silencio. Este silencio fué seguido de un murmullo creciente, formado por las observaciones de los



...permanecí extasiado ante aquellos vergeles donde todos los frutos imaginables producíanse en una abundancia inextinguible, sin más que un somero cultivo. Las flores trepaban por los árboles, en huertas de una vegetación lujuriosa. Más allá, sobre llanuras interminables, crecían las mieses sin tasa. En otras partes se agrupaban los seres inferiores, indudablemente criados para servir de alimento a los hombres. Entretanto, las innumerables navecillas descargaban en las costas sus grandes montones de variados, de riquísimos peces.

circunstantes y por algunas polémicas que en seguida se trabaron entre los más fogosos. La voz de J^ó se destacó de pronto, dominando aquel murmullo vago; exclamó: “¡Qué bruto!...” Y como si fuera una señal oportuna, al oír la exclamación el público rompió unánime en una larga carcajada.

Conteniendo la respiración, como si en efecto mi presencia hubiese podido espantar a aquel monstruo, seguí atentamente sus pasos. Le ví detenerse a la sombra de un árbol corpulento. Había abandonado momentos antes una azada sobre los surcos de un sembradío, por lo que conjeturé que se trataba de un *nane*, un labrador. Deslió un envoltorio y se puso a comer.

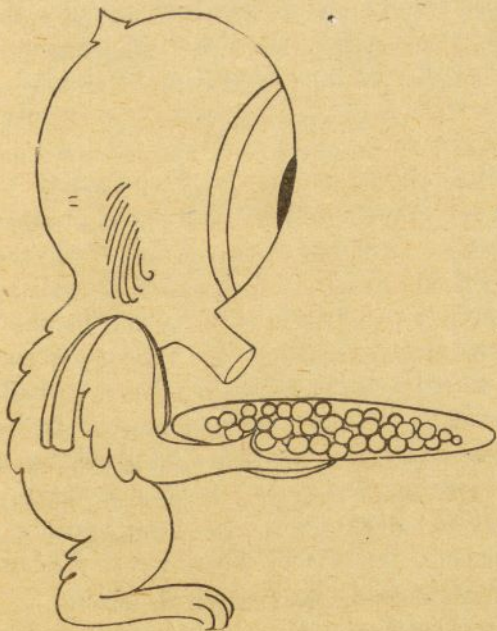
¡De qué manera comía, señores! ¡Con qué brutalidad, y en qué proporciones! Os daré cuenta del menú, que fué como sigue: un gran trozo de una materia feculenta, elaborada sin duda con las doradas espigas de aquellos fértiles campos; un pedazo de manjar en forma cilíndrica, grasiento y rojizo; tres frutas de gran tamaño, que al ser partidas por los dientes rezumaban un líquido sabroso.

¿Os acordáis de las antiguas leyendas, cuando

describen la existencia de nuestros antepasados en los albores del mundo? Pero ni siquiera entonces un habitante de Tá pudo ingerir en una sola comida tan desproporcionada cantidad de alimentos. Esto servirá para convenceros de que no estamos delante de un astro cualquiera, sino enfrente de un grandísimo y majestuoso jardín que puede, por último, dar solución a nuestro cada vez más perentorio problema de las subsistencias. Todo lo que nos falta a nosotros abunda en Zú. Allí reside la alegría, la riqueza y la hartura... Pero disculpadme si por momentos me abandono a consideraciones ociosas.

El hombre aquel, después que hubo comido en completa soledad y con una envidiable pachorra, bebió largamente de un vino que traía en una botella y se dedicó en seguida a la cómica tarea de sacar humo de una especie de tubito blanco. Esa faena, verdaderamente extraña, pareció contentarle más que la propia comida. Y reclinando su cabeza en un pedrusco, se quedó dormido.

Separé entonces la dirección de mi objetivo, en busca de nuevos sujetos de experimentación, no sin extasiarme una vez más contemplando aquella



Portando en una bandeja las bolitas nutritivas...

abundancia en frutos y animales comestibles que por todos lados materialmente colmaban la superficie del planeta. Caía una ligera lluvia; el viento debía de ser muy fuerte. De pronto, en un camino solitario, descubrí un hombre, que a duras penas podía vencer los embates del huracán. No lejos de él se agrupaban numerosas viviendas.

Le seguí lo mismo que al anterior, y tuve la paciencia de curiosear al detalle todos sus movimientos. ¿Quién era? ¿Qué se proponía? Pero bien pronto me reveló sus secretos por sus mismos ademanes. Empapado por la lluvia, positivamente derribado al suelo por el huracán, aquel hombre revelaba en su semblante la más horrible de las amarguras. Se palpó la ropa, hundió repetidas veces las manos en los bolsillos, y no hallando nada en ellos dió manifiestas pruebas de desesperación. Deslió un envoltorio de papel, como el que busca un pedazo de comida; pero dentro del envoltorio no había nada. Luego se agarró el estómago con las manos crispadas y con muestras de estar sufriendo un insoportable dolor.

Le vi enseguida unir las dos manos y volver la cara desencajada hacia la altura, precisamente en la dirección de nuestro mundo. Y esto ocurrió

de tan sorprendente manera, que la triste mirada de sus ojos quedó un instante enfocada en el centro de mi aparato. Fué como si estuviese mirándome. Pero con mirada tan desgarradora, tan imposible de soportar, tan llena de súplica agonizante, que horrorizado y con un movimiento irreflexivo manicbré rápidamente sobre las escalas de conversión de los espejos. La sombra cubrió mis ojos. Pronto pude reaccionar, y abriendo de nuevo el aparato me apresuré a mirar al hombre, a punto que se desplomaba en tierra... Allí quedó inmóvil. Estaba muerto. ¡Había muerto de hambre!

El estupor de la Asamblea fué tan grande al escuchar las últimas palabras, que el propio Bí, impresionado por el silencio, no pudo continuar su relato. Poco a poco partieron del público rumores, palabras sueltas. Sobre todo muchos de los circunstantes se preguntaban cómo era posible que un hombre muriese de hambre en un camino, a poca distancia de un grupo numeroso de viviendas y mientras otros hombres comían en abundancia y el mundo rebosaba de grosura. ¿Cómo era posible? ¿Quién sería capaz de explicarse aquél absurdo? Lo mismo que otras veces, la voz de

Jó dominó los rumores. Se le oyó decir, rajante:
“¡Hermano Bí, eres un impostor! Y entonces
fué cuando Bí pronunció su célebre frase:

¡Yo os aseguro que en ese astro llamado Zú
hay hombres que mueren de hambre!

*Antes que pudieran reproducirse los rumores, él
presidente, más intrigado que nadie por la narra-
ción, hizo el gesto sacramental de silencio. To-
dos callaron. El sublime Bí prosiguió:*

¡Si! ¡Allá arriba, en aquel astro tan puro y
brillante, en aquel jardín ubérrimo y prodigioso,
hay hombres que mueren de hambre, como hay
otras muchas cosas estupendas que iréis conocien-
do por su orden!

Yo me aparté con horror de aquel sitio y fui
siguiendo con la mirada el curso de la carretera,
hasta llegar al grupo de casas que componían
probablemente una de las ciudades más grandes.
Señores, el planeta Zú es rico en frutos y en
hombres. Estos pululan a millares y se les encuen-
tra en todos los lados, como una verdadera pes-
te. De trecho en trecho hay concentraciones hu-
manas que a veces llegan a ser enormes. Se com-
prende que en un mundo tan colmado de alimen-
tos y de toda suerte de posibilidades, la vida no



La figura de un habitante de Zu fué proyectada ante la asamblea...

está como en nosotros limitada y sujeta a minuciosos cálculos, sino que verdaderamente se prodiga sin miedo y sin tasa.

Esto pude observarlo a mi sabor tan pronto como penetré con mi objetivo en la gran ciudad a que me refiero.



IV

EL espectáculo que se ofreció a mi vista sería imposible describirlo en toda su integridad.

Nuestra imaginación no se halla acondicionada para concebir aquella monstruosa confusión, aquel abigarramiento y aquella desconcertante variedad de escenas. Haría falta que fuéseis contemporáneos de nuestros abuelos de las épocas más primitivas.

Mi vista vagaba de una a otra escena, y tal era mi estupefacción, que en los primeros momentos apenas si pude retener ninguna imagen concreta. Las viviendas se amontonaban a millares, dejando entre sus montones algunos surcos que servían a los habitantes para transitar de un lado a otro y con movimientos incomprensibles. Pa-

recían bandadas de insectos que se movieran por un simple estímulo de actividad animal.

Penetraban como arrastrándose en las viviendas, y con la misma falta de objeto volvían a salir. Otros permanecían sentados ante unas mesas, comiendo y bebiendo y sacando humo de aquellos tubitos blancos que antes mencioné. En otros sitios, turbaş de *nanes* construían viviendas, apilando ladrillos con una paciencia que provocaba la risa. Más lejos, en un gran espacio vacío, muchos hombres y mujeres estaban situados junto a pilas y montones de frutos, carnes, y otros objetos comestibles; otros hombres y mujeres, al pasar, cogían de aquellos frutos sin duda cuantos necesitaban, y alejábanse contentos. Resueltamente, el planeta Zú es un mundo admirable. Sin embargo, no olvidemos al hombre aquel que murió en la carretera de inanición.

Excitaba, sobre todo, mi curiosidad el ver a tantos hombres y mujeres entregados, por lo visto, a la amable tarea de no hacer nada o de dejar que el tiempo pasase muy suavemente. Circulaban en grupos, o aislados, o por parejas, y a cada momento se detenían a conversar; en se-

guida tornaban a moverse, con una absoluta falta de sentido. Por lo menos, para un habitante de Tá, aquel anárquico y caprichoso moverse porque sí y sin ningún objeto, o sea el movimiento por pura distracción y para (como decían nuestros remotos antepasados) “matar el tiempo”, resultaba, digo, perfectamente ininteligible.

Pude también observar que la distribución de funciones entre los distintos habitantes era extraordinariamente caprichosa, o, más bien dicho, arbitraria. Porque mientras unos demostraban estar afanados y preocupados, corriendo o gesticulando, otros permanecían maravillosamente tranquilos, sentados en plena calle, bebiendo, comiendo, humeando por la boca, o paseándose a la sombra de frondosos árboles. No hablemos de los *nanes*; está bien que trabajaran en silencio y con alegría, porque ese es su destino, lo mismo en Zú como en Tá.

Deduje, pues, de cuanto veía que en ese planeta extraordinario la sociedad humana no ha llegado, ni remotamente, a una automática armonía. Los movimientos no obedecen a una idea de conjunto, que nace del fondo de la concien-

cia de la colectividad, sino que brotan como por espasmos y fragmentariamente. Son movimientos individuales que al surgir de improviso y al chocar unos con otros, producen aquella vida abigarrada, pintoresca y como falta de sentido.

En aquel momento desembocaba en una calle mucho más ancha que las otras un vistoso tropel de guerreros.

Vosotros no conocéis un ejército de soldados. Bastantes de vosotros tenéis de los soldados y de las guerras una idea vaga; otros ni siquiera sabéis que han existido soldados en alguna parte del Universo. Permitidme que me detenga un poco en la descripción de aquella tropa de guerreros, los cuales iban por la vía adelante con un bonito andar acompasado, al son de unos bellicosos instrumentos.

Yo sí los conocía. Yo había anteriormente visto innumerables soldados, cuando en mis experiencias preliminares sobre la superficie de Zúsciprendí aquella horrorosa guerra de que antes os hablé, y que duró, días tras día, más de cuatro años.

El paso de un tropel de guerreros por las ca-

lles de una ciudad provoca el mayor júbilo entre las gentes. Seguí un gran trecho a los soldados, y observé qu les acompañaban los chicos y los grandes con demostraciones de vivo entusiasmo. Realmente el espectáculo tiéne su emoción. Todos van acordes, a un paso rítmico y en filas simétricas, con armas que relucen, con trajes vistosos y de lindos colores. Espesas filas de animales, llevando sobre sus lomos a otros guerreros, venían después igualmente acordes y acompasados. Y cerraban la marcha unos grandes aparatos de metal, con los cuales disparan proyectiles, sin duda por un procedimiento primitivo de explosión.

Pero si en la calle de una ciudad puede hasta parecer bonito el paso uniforme de los soldados, no ocurre lo mismo en la guerra. Aquello es mucho más serio. Os aseguro que más de una vez sentí flaquear mis fuerzas cuando, con las lentes asestadas sobre el lugar del combate, vi maniobrar en un trozo pequeño de territorio a cientos de miles de hombres, entre una verdadera lluvia de proyectiles, y caer los muertos a millares...

Aquí se oyó el grito, que no la voz, de Jó,



Os brindo, por ejemplo, una fotografia excta de una
mujer...

quien puede decirse que desafortadamente exclamaba: ¡Basta, basta! ¡No seas cruel con nosotros! ¡Cesa de escribir esas infamias!... *El sublime Bí accedió, en efecto, a interrumpir sus espeluznantes descripciones de la guerra, y prosiguió de este modo:*

De pronto, un espectáculo más curioso que el resto aprisionó mi atención. Un edificio grande, coronado por una torre puntiaguda, alzábase con cierta solemnidad en uno de aquellos espacios abiertos. En diferentes lados del edificio y en la punta de la torre noté unos signos que ofrecían la forma de dos palos cruzados. Y por las reverencias y ademanes de humillación que hacían las personas al entrar y salir en aquel edificio de apariencia grave y diferente, calculé que se trataba de un lugar de adoración. Señores, los habitantes de Zú adoran a Dios.

Pero dejemos este delicado punto para otro día. No será poco interesante el averiguar cómo piensan acerca de la muerte y de los orígenes de las cosas unos hombres que están aproximadamente en un plano de cultura como el de nuestros antepasados de la cuarta era.

Otra cosa retenía mi atención por el momento. En efecto, una turbulenta multitud de hombres, mujeres y niños salía del edificio grande, e inmediatamente todos fueron acomodándose en unos largos vehículos que iban arrastrados por parejas de animales forzudos. Reían, cantaban y gesticulaban todos, dando muestras de un alborozo primitivo, del que difícilmente lograríais daros cuenta. Había especialmente un hombre y una mujer que manifestaban un profundo júbilo, aunque sin gesticular tanto como los demás. Para ellos destinaban los acompañantes sus mejores agasajos, y se comprendía que formaban el centro, el motivo de la fiesta. Los vehículos, atestados de aquellas personas zaragateras, partieron rápidamente a través de los sinuosos surcos de la ciudad, sin cesar en sus risas y gesticulaciones.

Yo les seguí, lo confieso, un poco contagiado por su primitiva alegría, y renunciando por el momento a otras indagaciones, quise averiguar el motivo de tan extraño espectáculo.

La comitiva había dejado entre tanto el núcleo populoso de la ciudad, y dirigíase por un

camino bordeado de gigantescos árboles. El lugar era positivamente hermoso. Veíanse muchas viviendas pintorescas, donde la gente comía, bebía y, ¡cosa estupenda!, movíase por parejas y con movimientos acordados al son de alguna música.

En una de esas viviendas pintorescas y deliciosas se detuvo mi comitiva. Sobre la puerta del establecimiento sorprendí una larga tabla en que campeaban unos signos, tal vez unas letras, que no traté de descifrar entonces, limitándome a fotografiarlas. Vedlas:

AL PLACER DE LA BOMBILLA

Inmediatamente se desparramaron por el sitio los hombres, mujeres y muchachos, poniéndose a beber y a sacar humo, mientras otros, uniéndose en un abrazo, daban vueltas acompasadas que, por las señales, les producían un delicioso gusto.

En esto vi que aquel hombre y aquella mujer que habían sido el objeto de las miradas y las atenciones de todos, escurriáanse disimuladamente hacia un extremo de la arboleda, y allí,

los dos solos, uniéronse en un fuerte abrazo y se besaron con una especie de inacabable deliquio.

“¡Lo comprendo todo!”, exclamé de repente. Gracias a mi erudición y a ciertos estudios particulares, me acordé de las costumbres de nuestros antepasados de la sexta era. Sí; aquello que yo había visto era ni más ni menos que una boda. Y aquel hombre y aquella mujer, jóvenes ambos, estaban amándose. Señores, en Zú se practica todavía el amor.

(Una tímida y tierna voz, la voz del joven Fí, surcó en ese instante el ámbito de la Asamblea. Dijo: “¡Amor!... ¡Oh, qué hermoso mundo!...”)

¿Eres tú quien habla, joven Fí?, prosiguió diciendo el sublime Bí. Espera un poco. Ahora vas a ver la hermosura de ese mundo.

Estaban, como digo, estrechísimamente abrazados los dos amantes en la soledad de aquel extremo de la arboleda, cuando imprevistamente se plantó ante ellos un hombre de torva catadura y con muestras de gran excitación. Los dos hombres empezaron a disputar, mientras la mujer hacía gestos desolados. No sólo disputaban, sino que se golpeaban con los puños. Hasta que uno de

ellos, precisamente el que acudiera a arrancar a los amantes de su delirio, sacó de no sé dónde un cuchillo y se lo clavó en el pecho a su rival. Este cayó a tierra todo bañado en sangre, y allí quedó muerto.

Señores, en Zú existe el odio. Ya sé que el horror os tiene en este momento aturcidos. Ya sé también, joven Fí, que has quedado como nadie estupefacto. Así quedé yo. Y tan fuerte fué la impresión de espanto que se apoderó de mí, que, sin saber cómo, por una imprudencia inmensamente lamentable, mi pulso alterado hizo con torpeza la maniobra, y el aparato sufrió una ligera avería. Ligera y más tarde fácilmente corregible, pero que bastó para borrar bruscamente las imágenes.

Entonces pensé que por efecto de la gran distancia que separa a los hombres de los dos mundos, conviene tomar precauciones antes de ponerse en contacto con aquella gente. Porque nuestra cultura y todo cuanto nos sirve para la vida está expuesto a chocar con las cosas rudimentarias de aquel mundo. Es peligroso. Hay que precaverse mucho. Y me apresuro a exponer estas

consideraciones para que sirvan de experiencia en todo cuanto nos propongamos intentar mañana.

La avería que sufrió mi aparato hizo que por el momento se interrumpirán mis indagaciones. Pero había visto lo suficiente. Y sobre todo tenía en mi poder un número copioso de datos, que pongo a la disposición de la Asamblea. Os brindo, por ejemplo, una fotografía exacta de una mujer. Contempladla. Es la misma que en mi narración hace el papel de novia, y aquella por la cual los dos rivales se golpearon hasta la muerte. Lleva impresos en el semblante los signos del amor, de la sorpresa, del espanto y de la pena que sucesivamente conmovieron su corazón primitivo.

(Al ver reproducida la imagen de la mujer del planeta Zú, los circunstantes no pudieron reprimirse, y pronto se llenó la Asamblea de vivas polémicas y más o menos atinadas observaciones. No eran pocos los que opinaban que aquel ser extraño, si bien algo deforme y delatando una excesiva y atolondrada movilidad de sentimientos, no carecía, en cierto modo, de seducción, aunque

de orden muy rudimentaria y casi animal. Otros, y eran sin duda los más, pensaban que aquel ser deforme, grasiento, cubierto de protuberancias y con una expresión estúpida, sólo merecía ser la compañera de su semejante en brutalidad, el hombre de Zú. Entre los que opinaban así destacábase J6, el cual añadía por su cuenta que aquel horroroso asesinato que el sabio BÍ les había referido resultaba perfectamente lógico, pues de unos seres tan salvajes y rudimentarios no podían esperarse mejores acciones. Y agrégaba, con desprecio: ¡Qué desgraciada tiene que ser la vida en un mundo, a pesar de su abundancia y belleza, donde los hombres sienten todavía el amor, se disputan la compañera a golpes, sufren el celo y no vacilan en dar la vida por una hembra como esa, deforme, llena de protuberancias incomprensibles!...” A estas palabras de J6 arguyó Fí, que estaba próximo a él, exclamando con viveza: “Hermano J6, no sabes lo que te dices. El amor, del que hablas con tanto desdén, no es cosa para reír. Y esa mujer que tan despectiva opinión te sugiere, a mí me parece una tentadora beldad, por la que me explico que se

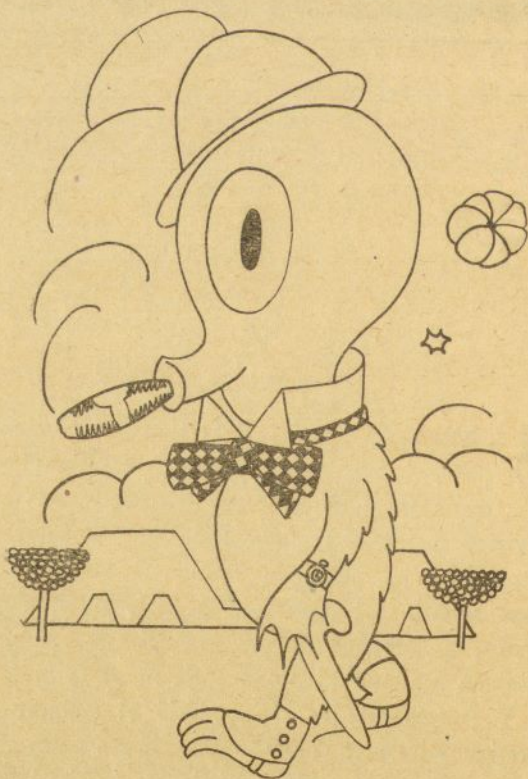
puedan cometer fuertes disparates." *Jó, éstupéfacto, no pudo menos de vociferar: ¿Te has vuelto idiota de repente, hermano Fí, o lo has sido toda tu vida?...*" Pero el presidente, más quē alarmado por el todo que adquirirían las discusiones, hizo entonces la Gran Señal, y todos los circunstantes se quedaron mudos. Dijo que nunca se había conocido una excitación semejante entre los hombres de Tá, y que debía atribuirse al contagio con los salvajes pobladores de Zú. Exhortó a Bí a que terminase de hablar, y éste lo hizo en la forma siguiente:)



V

SEÑORES, mi misión explicativa ha terminado por el momento. Hoy mismo reanudaré mis trabajos, y desde luego los Hermanos Superiores pueden examinar todos mis documentos y pruebas. La nueva aportación de datos es ya cosa segura. El planeta Zú está, pues, desde ahora, al alcance de nuestra mirada. ¿Estará también mañana al alcance de nuestras manos?

Y puesto que se me confirió el encargo de averiguar hasta qué punto era Zú un astro vivible, aprovechable y capaz de ser habitado por personas decentes, ahora sólo falta que la Asamblea acuerde algo definitivo sobre si se debè o



...porque desde el día en que nos comuniquemos directamente con Zu, nuestro mundo se habrá contaminado, envenenado, apasionado, embrutecido...

no se debe apoderarse de las incalculables riquezas de ese mundo.

Por mi parte, yo depongo mi opinión en el sentido de que Zú es evidentemente un paraíso, un delicioso jardín que bastaría a hacer la felicidad de todos los habitantes de Tá. Explotado por nosotros, y una vez reducidos sus pobladores a la obediencia (empresa poco difícil, naturalmente), yo creo que Zú puede convertirse en algo de veras sublime.

Hablad vosotros ahora.

En seguida se levantó Jó y dijo:

Me levanto a hablar en nombre de los hermanos que opinan que no debemos pretender de ningún modo el viaje a ese tenebroso y aborrecible mundo. Hablo en nombre de los no-intervencionistas. Pero aunque nadie con su opinión me asistiera, yo solo me levantaría, aun arrojando la mayor impopularidad, para deciros: Hermanos míos, todavía es tiempo. Reflexionad. No os dejéis seducir por falaces sueños. Impedid que vuestras almas se impregnen de la locura y la bárbara fantasía de ese capcioso mundo.

¿No lo habéis oído? ¿No lo habéis visto? Si

el sabio Bí no ha tenido la intención de divertirse a nuestra costa, si todo cuanto acaba de decirnos es verdad, Zú resulta el astro más oprobioso, más repugnante, entre todos los que trazan sus acordados giros en el espacio. La brutalidad, la estupidez, la fealdad, y sobre todo las pasiones denigrantes y los feroces crímenes, hacen de este mundo un verdadero antro. ¿Y a ese lugar de crímenes, de horror y de tristeza pretendéis ir?

Los frutos y las bellezas os han fascinado. Todos vuestros apetitos renacen como en las más primitivas eras, ante la promesa de la abundancia inacabable en un mundo donde los seres se pasan la vida comiendo, bebiendo, sacando humo de unos tubitos y amándose. ¡Ah! ¡Pero tened cuidado! Vais a decidir en una cuestión como ninguna otra trascendente. Mirad que el peligro más grande se cierne sobre la pureza y la sabiduría de Tá, porque desde el día en que nos comuniquemos directamente con Zú, nuestro mundo se habrá contaminado, enviciado, apasionado, enfurecido, embrutecido...

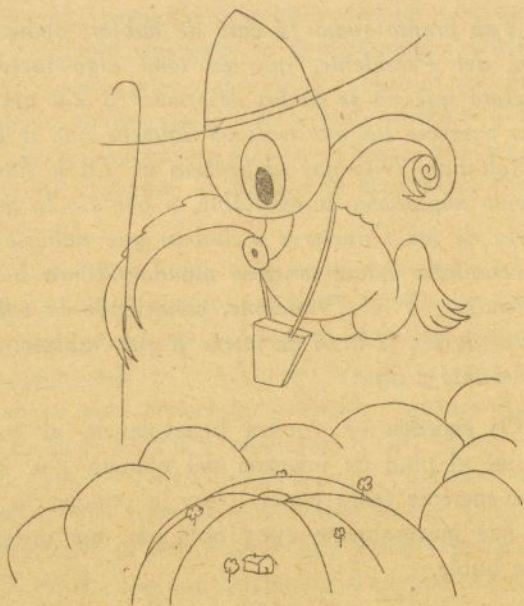
Dejemos que siga rodando lejos de nosotros

esa bola estúpida y criminal. No merece nuestra atención. ¡Despreciémosla!

Tan pronto como Jó cesó de hablar, oyóse la voz del Presidente, que en tono algo incisivo declaró que no se podía despreciar a Zú mientras poseyese las maravillosas riquezas que a Tá le faltaban. Dijo que la penuria de Tá se haría pronto angustiosa, insoportable, y por eso la mayoría de los Directores opinaban que debíase ir a conquistar aquel precioso mundo. Ahora bien, ¿cómo?... Y el Presidente, conociendo la sabiduría de Bí, le instó de nuevo a que hablase. Bí se levantó y dijo:

Os excedéis en vuestra benevolencia al confiarme el plan de invasión del planeta Zú. No creo merecer tanto honor. Pero la obediencia, a la que gustosamente estoy obligado, me ordena que hable.

La idea de llegar hasta Zú y posesionarse de sus encantos no me parece de ningún modo descabellada. Ha sido la aspiración de nuestros antepasados, tal vez desde la era veintidós, y últimamente, por el estado de agotamiento que ame-



Un joven explorador que quiere lanzarse al espacio
y caer en un punto determinado de Zu.

naza a nuestro mundo, la aspiración se ha convertido en una necesidad inaplazable.

Repito que me parece perfectamente practicable la conquista de Zú, y no tengo reparo en declarar que la deseo con toda mi alma, por lo mismo que conozco las inmensas posibilidades de ese mundo encantador. ¿Me preguntáis la manera de conseguir el éxito? Yo no conozco más que una. Explicaré mi pensamiento en pocas palabras.

No podemos ir a Zú desprevenidamente, porque correríamos el riesgo de sufrir alguna catástrofe. Los habitantes de Zú se hallan en un período de evidente barbarie; son ignorantes y toscos, y no han conseguido dominar más que las fuerzas elementales de la naturaleza. Su imaginación es pesada, su psicología torpe, y como proceden por impulsos instintivos y por sugerencias arbitrarias, aquellos hombres podemos asegurar que accionan a la ventura, como entre sombras. El radio de sus previsiones termina en el momento actual. Más allá de ese momento ya no saben nada, ya no pueden nada. El porvenir ignorado empieza en el mismo minuto que pasa.

Pero los habitantes de Zú son numerosísimos, y tenemos suficientes pruebas para saber que son feroces y sanguinarios. Practican, además, la guerra, en la que están adiestrados, aunque sólo sea con los pobres recursos de que disponen. Sería, pues, desatentado el que nos expusiésemos a su furia. Ellos pueden despedazarse entre sí, porque son groseramente numerosísimos; pero nosotros, cada vez más escasos, tenemos la obligación de ahorrar las vidas hasta el extremo.

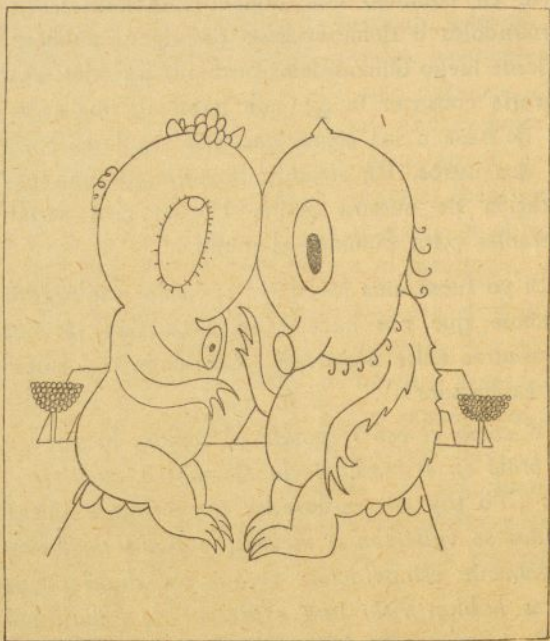
Sin embargo, en este caso se trata de gastar, de exponer una vida de las nuestras. Yo opino que nos conviene destacar un hombre arriesgado, un joven explorador que quiera lanzarse al espacio y caer en un punto convenido de Zú. Se le darían, naturalmente, todas las seguridades. El viaje está bien estudiado y casi podemos afirmar que el explorador llegaría a Zú sin sufrir mayores percances. Después...

En efecto, después vendrían los peligros. Desde el primer momento, ese explorador se pondría en comunicación con nosotros, refiriéndonos sus impresiones y sus hallazgos, para que nosotros dispusiéramos el resto de la ofensiva. Esa labor

no carecía de dificultades. El hombre de Ta que permaneciese destacado en Zú necesitaría ponerse en contacto con aquellos habitantes, sobornándolos o dominándolos de alguna manera, y desde luego utilizándolos para sus trabajos. Así lograría construir la estación terminal, que serviría de base a las comunicaciones regulares entre los dos astros. En seguida lanzaríamos una expedición de nuestra gente. Pocos; cien serían bastantes para dominar el mundo.

Si yo fuese más joven, yo sería ese explorador animoso que nos hace falta. ¿Quedan jóvenes entusiastas entre nosotros? ¿En dónde está nuestro explorador?...

Y como el eco responde al sonido, la voz de Fi brotó en el fondo de la Asamblea, exclamando: ¡Yo soy ese explorador que os hace falta! Todos se volvieron a mirarle, y todos quedaron vagamente estupefactos, porque sin duda pocas veces habían visto una expresión de entusiasmo y de fuerza como la que entonces palpitaba en el semblante de Fi. Más que otra cosa parecía un iluminado, un inspirado, un hombre de otras edades. Pero al mismo tiempo el valor y la ju-



Diálogo entre Fi y Bi.

ventud lo hacían tan hermoso y tan enérgico, que todos, espontáneamente, dirigieron a felicitarle y a conferirle el peso de la grave misión. Podía confiarse en él. Así lo manifestó, por último, el Presidente, el cual cerró la Asamblea con estas palabras:

Hermano Fi, eres un joven benemérito. Sabes a lo que te arriesgas y no ignoras que nuestro porvenir depende de tu buen acierto. En ti confiamos; no te digo más. Ahora, ponte a las órdenes de Bí y entrégate con él a un estudio perfecto de todo cuanto pertenecé al planeta Zú.



VI

EL sublime Bí y el joven Fí abandonaron juntos la Asamblea. Golpearon con los pies en el pavimento extra imantado, y en un mismo impulso, los dos acordes, eleváronse en un suave salto hasta la plataforma donde el sabio tenía su laboratorio. Allí el joven explorador se abalanzó con impaciencia sobre los testimonios reales del nuevo mundo. No dejaba nada por manosear o por ver. De vez en cuando lanzaba un grito de sorpresa, una exclamación de entusiasmo. Se extasiaba ante el espectáculo de un mundo tan distinto, y hacía que se repitieran varias veces las imágenes, sin que su admiración

decreciera. El sabio *Bi* le dejaba hacer, ayudándole con gusto.

El joven *Fí* le pidió que hiciera desfilar ante sus ojos los paisajes más risueños o imponentes, y se extasiaba a la vista de unos jardines donde las flores increíbles y los árboles inauditos hacían que el alma quedase suspendida de admiración. Las extensas plantaciones, colmadas de frutos y granos comestibles, producíanle asombro. Le atraía también el espectáculo impresionante de las gigantescas cordilleras o de los mares profundos y procelosos. Y se detuvo mucho tiempo en la contemplación minuciosa de las ciudades. Todo lo observaba con prolijidad, como quien va enriqueciendo la memoria con una gran suma de datos para las contingencias del porvenir. Sobre todo, quedaba absorbido mirando a los hombres, cuyos movimientos le extrañaban cada vez más. Miraba a los hombres, los medía, los palpaba y pesaba con la mente, y de pronto se le veía distraerse quién sabe en qué vagos y remotos pensamientos.

Pero las mujeres atraían más que nada su curiosidad. Delante de una permaneció mucho tiem-

po pensativo, mirándola con una atención fija e indefinible. Al fin lanzó un suspiro y murmuró:

—¿Cómo será el amor de estas mujeres? ¿Qué sensaciones producirá en un ser humano el amor de una mujer? ¿Qué cosa será el amor?...

El sabio Bí le arrancó por último de sus pensamientos y de sus contemplaciones, y le dijo con una sonrisa bondadosa:

—Tienes una juventud generosa que llama a la simpatía. Me eres simpático, Fí. Y quiere la fortuna que seas, además, un entusiasta del Planeta Zú, por el que yo siento una verdadera debilidad. ¿Lo encuentras hermoso? ¿Qué cosa te atrae en ese mundo?

Fí respondió:

—Todo. Me atrae su belleza, sus jardines, sus gigantescos mares. Sus frutos y sus riquezas me interesan menos. En cambio, ¿podré decírtelo a ti en secreto?..., me seduce ése estado de imprevisión, de semi-ignorancia, de casualidad en que viven los habitantes de Zú. Sí; ¡estoy cansado de nuestro mundo! Quiero marcharme allá donde existen todavía pasiones, amores y odios; donde todavía es posible morir de hambre o de

amor. Allá donde se mata y se besa... Quiero irme a un mundo lleno todavía de contingencias, donde no se ha llegado a saberlo todo y a reglamentarlo y precaverlo todo. Allí existe el azar, lo imprevisto, las diferencias y lo ambicionable... ¿Quieres que te lo diga de una vez? ¡Mé carga tanta civilización!

Y el sublime BÍ dijo:

—La verdad es que coincidimos en muchas cosas. Tú y yo somos dos casos de regresión atávica. Tu atavismo remonta más lejos que el mío, como que llega, según cálculos que he podido hacer, a la era octava. Eres un ser equivocado. Sientes el amor, la generosidad, el entusiasmo, y te abandonas a los ensueños y las quimeras por gusto de lo desconocido, de lo inexistente. Hacés bien en probar ventura. Vete, sí, y que los encantos de Zú te colmen de dicha. A ver si encuentras allí algo bien pintoresco que valga la pena. Porque, en reserva te lo confesaré, ¡también a mí me resulta aburrido nuestro mundo tan inteligente, tan apañadito y reglamentado!...

Dicho esto, BÍ y FÍ cruzaron una sonrisa de

inteligencia, al mismo tiempo que sellaban mutuamente y tácitamente un pacto de discreción.

En seguida se pusieron a organizar todos los trabajos que eran precisos para preparar la expedición al planeta Zú.

JOSE MARIA SALAVERRIA

EL BURLON

Novela y libro de viajes

por

JOSE BRUNO

La Editorial RENACIMIENTO acaba de poner a la venta la última obra de

JOSE BRUNO

Deliciosas aventuras, tipos grotescos, interés, humorismo finísimo y de ley. Donas estampas de viajes y escenas de franca hilaridad.

Cómicos de la legua, futbolistas, boxeadores, toreros, artistas, mujeres extrañas, raros tipos de Londres, París, etc., etc., etc., desfilan por estas amenísimas páginas.

CINCO PESETAS EJEMPLAR

LIBRERIA DE FE y todas las de España y América.

RELATO
INMORAL

(SATIRA DE LA VIDA SEXUAL ES-
PAÑOLA)

Novela de

W. Fernández Florez

Enorme éxito



PEDIDOS A

EDITORIAL ATLANTIDA

Librería Fernando Fé

PUERTA DEL SOL, 15. MADRID

Ejemplar: 5 pesetas.

LA REVOLUCION MEXICANA

EL MUNDO Y LA REVOLUCION